

PERODISTA NOVATO

Por: Aquiles cuento
Mario Carlos César

Primera nota de viaje: Me llamo Aquiles Robles, soy periodista novato. Veintitrés años de edad y cero años de experiencia periodística. Aún así, espero que mis notas resulten interesantes.

Salí hacia el norte, por mandato de mi Jefe de Redacción del diario El Tremolar. Quería le hiciera una serie de notas sobre la vida en los rincones alejados de las rutas, allí donde nadie llega y nadie sale, porque hasta los muertos permanecen cerca en improvisados camposantos, como guardianes de las almas restantes. Así que tomé rumbo a lo desconocido. Lo mejor para moverme han sido dos caballos que compró el diario en los corrales de un vendedor de dudosa estampa. Sin papeles, sin recibos y poca certeza de propiedad, eran los únicos disponibles y en uno de ellos acomodé un par de bolsas con ropas, yerbera, pava, fósforos, algunos remedios, un par de alforjas con cosas de urgencia como ser unas limetas de ginebra, una frazada arrollada y otros cachivaches. En el otro me subí como si fuera jinete experto, até fuerte a mi mandíbula el barbijo del sombrero, acomodé bien el poncho colorado que me defendería del polvo del camino y emprendí la marcha.

Me sentí como aquellos conquistadores que salían dispuestos a sumar el horizonte en sus imperios. Claro que yo solo intentaba llegar a algunos pueblitos mucho más cercanos, a la vez que lejanos de lo que en nuestra soberbia llamamos civilización. Después de algunos días en blanco siguiendo senderos adivinados se me apareció a la vista un poblado rodeado de algunos matorrales dispersos.

Las patas de los caballos se enterraban en el polvo fino como el talco que forma el guadal, y en el aire se levantaba una nube espesa al paso de nuestro cuerpo expedicionario de dos palafrenes y un jinete. Envolví la cabeza con un pañuelo grande, puse de costado el caballo para que diera cara al viento y así, costaleando con trote corto, me fui arrimando.

De solo ver a lo que me acercaba daban ganas de salir disparado. Pero tuve en claro que era también una oportunidad de contar las vivencias que me habían pedido.

Salió a recibirme un enorme perro negro de pelo corto, patas largas y costillas que casi escapaban de su cuero polvoriento. No tenía fuerzas ni para ladrar así que se limitó a olfatear los caballos y no encontrando algo de su interés se alejó, como con desprecio.

Unas cabras miraron con curiosidad mientras se paraban en sus patas traseras y bajaban ramas de una morera. No éramos mis caballos y yo suficientemente importantes para que se detuvieran, así que nos dejaron seguir.

Había escuchado la expresión “sol que parte la tierra” pero siempre me pareció exagerada, hasta ese día. Allí donde el polvo se había volado la tierra mostraba unas grietas secas en las que cabía bien la mano. Era tan dura que el trote de los caballos resonaba como golpeando sobre piedra. Así me pareció escuchar, tanto era mi asombro.

Dos esqueletos blanquecinos, de un equino y un vacuno, yacían a un costado mostrando aún jirones del cuero arrancado por los carroñeros y que se sacudían al viento, adheridos a unas costillas descarnadas. Sus huecas calaveras apuntaban al cielo.

Crucé por lo que podía ser la calle principal, que no era ni calle sino un espacio más transitado que los otros. Algunos perros ladraron sin salir de la sombra y un par de gallinas cruzaron velozmente, asustadas por tanto tránsito, deduje.

Alguien se asomó, miró con curiosidad y salió despacio al frente de la casa. Era un anciano de oscura piel apergaminada, largos bigotes grises y barba raleada. Su indumentaria consistía en un sombrero negro gastado tirando a marrón por el polvo y con barbijo ajustado, una camisa de mangas largas con remiendos de distintos colores, pañuelo atado al cuello, unas bombachas camperas sostenidas con un cinto de cuero al que estaban adosadas algunas monedas, simulando una rastra. Unas alpargatas bigotudas con agujeros que mostraban algunos dedos cerraban el cuadro de semejante figura.

Saludé tocando el ala de mi sombrero, gesto que me fue respondido en silencio. Quise imaginar qué estaría pensando el hombre, pero me resultó imposible.

Claro que tenía que conversar con alguien, así que a medida que avanzaba buscaba donde apearme. Los pocos caminantes me pasaron con indiferencia, tanta era su soledad que seguramente creyeron que era un fantasma. Para mis adentros bauticé el lugar: Las Penurias.

Casi saliendo del caserío la encontré. Cargaba con leña un horno de barro mientras a su lado una batea aguardaba con los panes a cocinar.

Saludé y me respondió.

- Buenas tardes, señora.
- *Güenas* señor. ¿Cómo está?

La corta respuesta era, de todos modos, una invitación a conversar. Detuve la marcha, descendí lentamente y me acerqué casi con miedo de espantar la única persona que hasta ese momento no era muda.

Una mujer robusta, de cabellos negros recogidos y atados a la nuca. Cara redonda de piel morena, ojos chispeantes y nariz aplastada, ofrecía una sonrisa de dientes blancos con un de piezas faltantes. Pechos grandes cubiertos solo por una blusa desteñida. Bombachas camperas, similares a las del anciano que cruzara antes, cubiertas con un delantal atado a la cintura con rastros de harina. Pies descalzos, sucios, de plantas encallecidas.

- Señora, quisiera conversar con usted.
- ¿Y *pa' qué?*. Si se puede saber...
- Ocurre que quiero conocer cómo se vive por acá, cómo es la gente, qué hace....
- ¿Y a *usté* que le importa ..? – Me contestó con enojo.

-Solo que mi trabajo es el de contar las historias que voy encontrando en el camino.

- Vea don, aquí la gente no vive. Aquí la gente dura y nada más. Así que poco va a encontrar para sus cuentos.

- Bueno, al menos dígame algo de usted...
- Mire. Aquí vivimos cuatro. Yo, mis dos hijas y el marido de las tres...
- ¿Y cómo es eso?

- Simple. Primero se juntó conmigo, *dispué* con *la* Micaela, *m' hija* la más grande y más *dispué* con *la* Dolores, la más chica.

- ¿Y no tuvieron problemas?

- Sepa don: Todo lo que pasó está en un sumario que se hizo en la *comesaría* de Las Flores por una denuncia mía. Pregunte ahí, que tienen todo *asentau*. Aquí nos vinimos cuando se terminó el bochinche del sumario. La gente es muy chismosa. No quería perder semejante historia, así que seguí teniendo bien anotados los datos para averiguar.

- Usted se llama....
- Angélica Solores, casi cuarenta años.
- Casada, o juntada, digo...
- Viuda, y no sé de quién...
- ¿Cómo que no sabe de quién es viuda?

- Mi primer marido, el padre de mis hijas se *jué* a la cosecha y no volvió, así que dejé pasar unos años y me volví a casar porque seguro se había muerto. Mi segundo marido también se *jué* sin volver, por lo que supongo también es *finao*. Así que soy viuda pero no sé de cuál de ellos, o de los dos. Simple, ¿vio?...Pero mejor pasemos adentro porque si no el sol nos va a cocinar.

Sus modales hoscos habían desaparecido y ofrecerme entrar fue todo un gesto de enorme valor.

La sequía ha hecho estragos en la zona. El viento sopla con un silbo grave y monótono filtrándose por las rendijas de las ventanas que tratan de cerrar los huecos con sus formas quebradas en falsa escuadra. A todas las casuchas les cabe la misma descripción. Las puertas están sostenidas con trozos de cueros clavados a arcos de postes. Una soguita obra de cerradura y se la ata a un clavo de cabeza doblada. El agua de las lluvias, el sol y la falta de cuidados han ido pudriendo la partes de abajo de las puertas, armadas con tablas unidas a unos travesaños precarios mediante clavos oxidados. La podredumbre sacó pequeñas tiras de esos cerramientos por lo que más que puertas de madera podría decirse que semejan cortinas desflecadas endurecidas por las soledades.

Las paredes hechas de barro amasado con bosta de caballo, sostenido con cañas entrecruzadas, sirven para frenar los fríos, los calores y los vientos. Pero son totalmente inútiles para frenar las desdichas. Algunas paredes muestran haber estado blanqueadas con cal en otros tiempos.

Los techos tienen caída hacia un solo lado y están armados con cañas acomodadas juntas y bien atadas sobre travesaños de troncos de diversos orígenes. Sobre las cañas algunas maderas y encima de todos una capa de tierra con plantas pequeñas que en algo reducen, supongo, la intensidad de los calores del verano y las heladas del invierno.

En una sola pieza se cocina, se come, se duerme, se ama. El único espacio separado es el de la letrina, hecha a los fondos con un pozo de unos dos metros de profundidad y una tapa de madera agujereada que hace las veces de piso del retrete, rodeado de angostas paredes de barro, una lona en la entrada y, en algunos casos, un techo de ramas secas.

Los pisos son del mismo material que las calles: Tierra apisonada por pies que van y vienen siempre, como buscando un destino. Los pocos pobladores que alcancé a ver transitaban cerca de las paredes, más para evitar el sol que para eludir algún tránsito del que solo pude ver un jinete mal montado en escuálido jamelgo, un burro aburrido pellizcando los rincones en busca de un verde escaso y una majadita de cabras quejosas arreadas por un chiquilín descalzo armado de una vara que lo superaba en altura.

Cada casa con su árbol y cada árbol con su perro dormido a la sombra. Los pocos árboles que quedan en el monte sirven de refugio a algunos pájaros sobrevivientes de la dura sequía.

Por lo que me contó Angélica, el lugar supo ser parada del ferrocarril y por razones desconocidas un día ya no pasó. Se lo esperó en vano varios días, hasta que el encargado del parador juntó sus cosas y se fue, dejando abandonada la construcción que con exageración llamaba “La estación”.

Con el cierre del tránsito ferroviario se terminaron algunas changas para descargar algo de provisiones u otros materiales y también se terminó el agua traída con vagones cisternas y que se cargaba en tanques elevados con una bomba que desapareció junto con el encargado.

Se afincaron la soledad, la tristeza y el silencio. Un trío temible que se empecina por prevalecer ante

los esfuerzos de los que deciden hacerle frente.

Algunas cabras y vacas daban tiempo atrás algo de alimento. Leche y carnes que se sumaban a siembras de maíz, zapallos y algunas verduras de hojas. Árboles de moras silvestres, mandarinas, limoneros y otros aportaban frutos. Pero de a poco fueron desapareciendo como siguiendo la sombra del tren, murmuraba Angélica más para sí que para ser escuchada.

Antes, el agua era escasa pero siempre alcanzaba para lo elemental. Se la sacaba de las represas cavadas en algunos desniveles o de lagunas naturales que duraban todo el año para regocijo de los animales. No había límites de las propiedades así todos se servían del lugar más cercanos.

Pero la temporada seca, mucho más que las anteriores, ha terminado con las reservas. Ahora solo queda un zanjón con un hilo de agua que se filtra desde las entrañas de la tierra con un fuerte gusto salobre. Con la fuerza del sol toma enseguida una tonalidad verdosa. Allí se apretujan cabras, caballos, burros y vacunos pujando por un sorbo que apague la sed pero que a veces los termina matando por su excesiva salobridad. En los extremos más alejados de la zanja beben los pájaros, los perros y alguno que otro bicho salvaje como zorros, liebres, vizcachas y hasta avispas silvestres.

También la gente se sirve, filtrando el agua con un trapo para nada limpio, sacándole los palitos y basuritas que dejaban caer los animales. Y con esa recolección turbia se cocina, se lava y se bebe. No entiendo cómo sobrevive esa gente después de ingerir semejante caldo de microbios, parásitos, sales y estiércoles. Tal vez no mueren por no haber acumulado todavía suficientes sufrimientos, digo yo.

Así me fue relatando Angélica las vivencias y avatares del caserío. Me convidó algo de pan casero de la horneada anterior, regalándome un buen trozo que cuidé de envolver con un pañuelo y colocar en el fondo de la alforja de alimentos.

En el centro de la pieza, que hace las veces de vivienda total, un enorme tocón seco de quebracho bien cortado a nivel sirve de mesa, con una vela apagada calzada en una vieja botella y bien al centro.

Una cama doble, una cama turca y un catre tijera forman parte del mobiliario que se completa con un brasero humeante en un rincón sobre el cual pende una olla negra, redonda, de tres patas, de hierro. Apilados sobre un cajón dado vuelta se ven algunos platos de enlozado con cachas, vasos de formas dispares, una pava ennegrecida y otros elementos difíciles de reconocer de lejos.

- Señora Angélica, ¿está usted sola? ¿Y sus hijas? ¿Y su mari...digo yerno?

- Han salido todos al monte a buscar leña y algo de comer. En esta época se suelen encontrar *camoatices* con bastante miel, aunque las avispas son bravas. También algún animalito que tirar a la olla, como ser liebres, mulitas y, si hay suerte, puede que encuentren un viracho. Si no consiguen algo habrá que carnear una cabra.

- Y aprovechan todo, seguro...

- Así es. Con la sangre de las cabras hacemos chanfaina mezclada con cebollas, *ajíses putaparió* y las achuras. Entonces invitamos a los vecinos porque es mucho lo que sale y no es cuestión que se pudra. De paso conversamos y nos reímos.

Ahí supe que los otros habitantes no eran mudos, como había supuesto.

Casi al descuido colgué mi poncho colorado de un clavo junto a la puerta y me senté en un banquito de patas cortas, dispuesto a seguir indagando en ese desfile de asombros.

- Cuénteme cómo hacen si se enferman.

- Hay una *culandrerita* que nos saca los males. Ayer no más andaba yo con un dolor en los *pieses* que no podía más. Me fui a verla. Colocó unos granitos secos que sacó de una bolsita, los tiró dentro de un vaso con agua mientras rezaba una plegaria. No me va a creer pero me dijo que tenía sacado dos

nervios chicos y uno grande y que se me iba a pasar por la noche.

- ¿Y...?
- Así fue. Esta mañana no me dolía más nada. Es muy sanadora Doña Savita.
- Pero debe haber otras cosas, además de dolores.
- Seguro. Pero para cada cosa tiene remedios. Sobre todo yuyos. También mide el empacho, hace cataplasmas, pone ventosas, les cura el ojeo a los recién nacidos. Hay que ver como dejan de llorar los chicos después que los atiende.
- ¿Y con los partos?
- Hay pocos, porque es poca la gente joven. También Doña Savita es baqueana y atiende bien los nacimientos.
- ¿Y si no da resultado con sus curas?
- En ese caso hay que morir, nomás. Qué tanto...alguna vez *aiser*.

Como la tarde se terminaba, decidí seguir viaje.

Angélica me indicó la ruta hacia Las Flores, apuntando al sol que huía.

Avancé a buen paso, sin cansar las cabalgaduras, aprovechando que el viento se había calmado. El único ser vivo que apareció en esta etapa fue una iguana que cruzó velozmente delante nuestro sin dignarse a mirarnos. Las chicharras del monte comenzaron sus estridentes llamados mientras algunas luciérnagas se iban presentando a medida que la oscuridad se acercaba.

En Las Flores pregunté por alguna habitación para dormir y, si fuera posible, darme el lujo de un buen baño. Conseguí una especie de hospedaje, pensión o no sé cómo llamarlo, donde me calentaron algo de agua en una pava enorme que entibió una bañadera enlozada y me relajó del cansancio. Me sirvieron una cena opípara de sopa, tripa rellena con arroz y un trozo de carne asada algo dura pero sabrosa. Todo acompañado con una jarrita de vino indudablemente rebajado.

Cuando quise armar la precaria cama y extender el poncho caí en la cuenta que lo había dejado colgado en lo de Angélica. Bueno, si mañana paso siguiendo mi ruta lo recupero, no sin antes visitar la comisaría para enterarme bien de la historia de la pintoresca mujer.

Aquí termino por hoy. Es hora de dormir.

Segunda nota de viaje: Sigo lo que comencé ayer, y esto que escribo creo es mi último reportaje, vaya sabiéndolo mi Jefe. Solo la certeza de estar nuevamente en Las Flores, con todo lo que le falta a este pueblo, me anima a seguir con el relato. Son las once de la noche y paso a contar lo ocurrido en este día tan particular.

Temprano me apersoné en la comisaría del pueblo con mi cuaderno de notas y mi máquina fotográfica que ayer no tuve presente, lástima. En la puerta, como de guardia, un pequeño perro lanudo y sucio, mandíbula en el suelo, me siguió con los ojos sin mover la cabeza. Con disimulada sonrisa me dije. “Perro policía pero de civil, debe ser detective”.

Un sargento de uniforme desteñido, desabrochado, me atendió con desgano.

- ¿Qué busca el señor?
- Sepa usted disculpar mi atrevimiento, pero quisiera saber si me pueden facilitar un sumario para darle una ojeada.
- Eso no está permitido a menos que sea parte interesada.

- Ocorre que soy del diario El Tremolar y me intereso por un caso.
- Si me dice de que se trata le pregunto al comisario....
- Mire, son las actuaciones por una denuncia de Angélica Solores.

Como si hubiera nombrado el mismo Satanás, el sargento abrió los ojos, dejó caer la mandíbula y se escabulló con premura hasta una especie de oficina que estaba más allá del mostrador. Solo escuché algo así como *¡Otro más. !*. Me quedé desconcertado.

Se hizo presente un oficial que hacía las veces de comisario. Gordo, pelado, mordisqueando una galleta sostenida con una mano. En la otra un mate que sorbía ruidosamente.

Me miró con curiosidad.

- Así que usted quiere saber cosas de *la* Angélica Solores.
- Sí señor, si no le es problema. Solo por curiosidad.
- Le voy a prestar el libro de actuaciones donde figura asentado el caso. Tendrá que leerlo aquí mismo. Si quiere le doy un lugar en la oficina mientras hago una recorrida por el pueblo. No lo puede sacar de la comisaría y si lo hace lo voy a perseguir y se va a tener que comer varios días de calabozo y algún coscorrón. ¿Me entiende?
- Muy claro. Solo voy a tomar algunos apuntes.
- Bien. Sargento, proceda y cuide que todo vaya bien.

El nombrado sacó de un armario un libro que de entrada me llamó la atención. Descolorido, bastante roído. Lo llevó hasta el escritorio del comisario, abriéndolo con mano temblorosa en una hoja señalada con un trozo de cartón. En silencio me indicó un sillón y volvió al despacho, dejando la puerta abierta para no perderme de vista. Qué raro, estaba señalado. Pensé.

Primero comencé a leer pero me di cuenta que tenía que copiar todo, tal cual figuraba, mientras un detalle me aceleraba el corazón. No podía creer en lo que estaba leyendo. Con un gran esfuerzo, palabra por palabra, fui asentando en mi libreta de apuntes todo lo que el libro de actuaciones me ofrecía. El detalle me asaltaba a cada momento. Decidí transcribir textualmente, con la ortografía y gramática originales, aunque no me creyeran:

“Denuncia de Angélica Solores contra Bonifacio Estrella, acusándolo de aber abusado de ella y de sus dos hijas.”

“El día de oy, 15 de enero de 1909, se presenta ante mi, Marcos Andrade, Comisario de Policía de Las Flores, una mujer que dijo venía a levantar una denuncia y la que respondiendo a las preguntas que le hizo contestó; llamarse Angélica Solores, viuda (no sabe de quien), santiagueña de treinta y ocho años de edad, quien vive en una casa blanquiada de verde que ay al otro lao de la estación, en el camino que va pal matadero. Despues deso le pasé la palabra a eya y dijo: que la primera ves se casó con Francisco Carreño, de quien tuvo dos hijas, la Micaela y la Dolores de 18 y 15 años de edad cada una de eyas; que eran mui felises pero un día el se fue a trabajar a la cosecha pero como estuvo cuatro años sin volver pa las casas ni dar señales de vida, eya creyéndolo muerto se volvió a casar con el Casimiro Reyes, de quien tuvo otros tres hijos más. Que no sabe porque causa Reyes, tambien la abandonó hace ya mucho tiempo, y como no esta sigura si sus dos maridos son muertos o no, es que no sabe de cual de los dos es viuda. Que hace un año se conoció con el Bonifacio Estrella, foguista de tren, quien quiso casarse densesguida con eya, pero la disente de miedo que le pasara lo mismo que con los otros maridos no le dio el si y solo le asetó vivir arrimada con el pero guardandolé el respeto como si fuera su esposo ende veras. Que el Estrella se

portó bien al principio, era cariñoso con sus hijas y corría con los gastos de la casa. Pero muy pronto la disente se dió cuenta que entre él y la Micaela, haiba algo y no está desasertada, porque cuando aclaró las cosas resultó que su hija ya estaba gruesa y que el seductor era su propio marido. Que por supuesto ubo un gran barullo entre ellos, pero como se habían acostumbrado a vivir todos juntos, arreglaron las cosas, pero como marido de la Micaela, con eya "nihablarse". Claro que eya sentía perderse un marido joben y con empleo como Estrella, pero dispuso de lo que pasara 'que iba aser'. Que la disente le entregó a la pareja su cama matrimonial y eya se fue a dormir en el catre que usava la Micaela; que las cosas siguieron bien un tiempo no más, porque el cartero Prutozio Gomez al verla libre a la disente empesó a cortejarla, pero al enterarse Estrella de esos amores, le proibió a Gomez, que se llegara a las casas, alegando que mientras él sostuviera la familia el mandaba. Que la disente reconoce que Estrella tiene rason en parte, pero que eya tambien la tiene, porque ya que él la dejó por su hija no puede proibirle a que eya busquela felicidad al lao de otro ombre. Que a pesar de sus protestas Estrella se impuso y la disente le izo caso porque comprendía que a pesar de sus caprichos el ombre no es malo del todo y le decía que por ay le acía una caída, pero la disente no aflojó. Que cuando después de tantas desilusiones pensaba renunsiar a los ombres, buscando la felicidad del nieto que la Micaela stá por darle, resulta que Estrella se le mandó mudar de las casas llevándose a la otra hija, la Dolores, de quinze años deedá y de yapa media sonsa, por que si no, no se explica como puede aberse ido con un ombre así. Que si la disente estuviera en otras condiciones no pediría nada pero obligada a dar este paso teniendo en cuenta que dispué e lo ocurrido, es muy difisil encontrar otro ombre que se quiera aser cargo de la familia. Que por eso presenta esta denuncia pidiendo a la autoridad que le hagan justicia obligando a Estrella a volver a la casa y que se case con cualquiera de sus hijas, así se sienta más obligado a cumplir sus compromisos, y que si él no quiere casarse con las muchachas la disente a pesar del resentimiento que le guarda, todavía estaría dispuesta a sacrificarse casándose con él, nada más que para salvar el honor de la familia. Oido todo lo que ha dicho, di por terminada la denuncia, firmando la disente conmigo y los testigos don Froilan Sombra, mas conocido por el Rengo Sombra, el peluquero Vitorio Avalos, vecinos de esta comisaría y ombres de toda mi confianza. Fdo: Marcos Andrade, Angélica Solores, Vitorio Avalos, Froilan Sombra.-

Nombrese: Al sargento Feliciano Troncoso para que pida prestados dos cabayos y en cuanto pueda salga atras de la pareja y la agarre ande aya. Fdo: Marcos Andrade.-

Las Flores, veinte de enero de mil novecientos nueve. Abiendo vuelto el Sargento Troncoso trayendo la pareja que se disparó, resuelvo que se presenten ante mi presensia para tomarles declarasión. Fdo: Marcos Andrade.-

Un rato mas tarde la ago trair a mi escritorio a la menor Dolores Carreño que esta detenida por averse mandao a mudar con el marido de la hermana y habiendo prometido que contaria todo lo que ha sucedido, empesé por preguntarle por cuantos años tenía y las demas cosas que se pregunta a las personas que cain presos, contestando yamarse como ya lo dijo al prinsipiar, hija de su madre Angélica Solores, santiagueña tanvien como toda la familia, tien no mas de quinze años y no sabe escribir cartas ni leerlas y si firmar. El suscrito tiene la obligación de dejar costancia que la muchacha está bien desarroyada y que a pesar de la edá que confiesa, ya es mujercita y buena. Preguntada para que diga si sabe porque a caido presa contesta: que sabe que la an tomao por aberse fugado con Bonifacio Estrella, preguntada para que cuente todo lo que aya pasado contesta: que eya lo quiso a Estrella dende que lo conoció y que el le correspondió denseguida pero como eya era algo chica todabia y el tenía compromiso con su madre y su hermana la Micaela, resolvieron esperar; que ase una semana Estrella la a probao como mujer y está muy conforme con eya, y que sino la queren creer que e lo prigunten a Estrella.

Preguntada para que diga si está o no arripentida del paso que a dao contesta: que no se arripiente de nada, que Estrella ya ha cumplido con su madre y su ermana y bastante que a debido esperar mientras él las atendía a eyas antes que a la disente y lo justo es que aura se lo dejen a eya siquiera por un

tiempo para que el pueda conoserla mejor y despues elija con quien quiere quedarse. Que su madre ha hecho esta denuncia por despecho y no quiere desir otras cosas piores para que la gente no able. Ante la repentina salida de la muchacha termino con eya firmando los dos con los mismos testigos que usé la primera ves. Fdo: Marcos Andrade, Dolores Carreño, Vitorio Avalos, Froilan Sombra. Despues lo ago pasar al acusado que fue tomado prisionero junto a la mujer que disparó con él y como el ombre me prometiera desir la verdá de todo, emprincipié por priguintarle quien era, contestándome en presensia mía y del sargento Troncoso que no me deja mentir, yamarse Bonifacio Estrella, santafesino como de veinticinco años, casado, bien parecido y buen empleado en el Ferrocarril del Sur. A priguntas de si a estao preso y tiene antesedentes contesta: 'nunca'. Preguntao si sabe porque a caido preso contesta que sabe que lo emos agarrado por lo que a echo, y se pone a disposición de la autoridad. Preguntado para que cuente como an pasado las cosas, contestando: que lo único que a echo es fugarse con la Dolores porque la quiere y eya lo corresponde. Preguntado si antes vivía con la Micaela Carreño, contestó que es verdá, que eya está por tener un ijo del disente y que la quiere mucho tambien porque la muchacha es buena y no se habría sentido animada a meterlo en este enriedo sino que la madre qui a echo todo el baruyo enojada porque al prinsipio vivía con eya y dispés la dejó. Preguntado si le ha dado palabra de casamiento a alguna deyas, contestó que no, porque el disente ya es casado con la Rimunda Bustos, pero que si la mujer se muere pronto como tiene esperansa, porque la pobre ase mucho questá enferma, entonses talvez pueda cumplir con la Dolores, aunque sea, pero con la vieja nunca. Preguntado si su esposa sabía de sus relaciones con las Carreño, contesta: que sabía todo, pero que el disente cumple con sus obligaciones y no tiene ningún visio, antes que ande chupando y jugando por los boliches, su mujer le permite que tenga sus distrasiones afuera de la casa, pues como su mujer es sensata comprende que estando eya enferma y siendo el disente un ombre sano y joben, tiene que tener sus tentaciones. Preguntado si no se le a olvidao de decir alguna cosa, contesta: que quiere desir ante la autoridad que no se ciente culpable de nada, ya que si bien reconoce que a echo vida marital con la Angélica Solores y sus dos hijas, tambienes cierto que el sostenía a toda la familia con su trabajo y entonses lo justo es que eyas le pagaran de alguna forma el servicio que el les asía. Como ya se a echo tarde y no tenemos velas en la comisería terminamos con esta declarasió firmando los tres con el sargento Troncoso, porque los testigos que usamos siempre nos pidieron que los dejemos descansar por esta vuelta y les emos dado con el gusto. Fdo: Marcos Andrade, Bonifacio Estrella, Pablo Troncoso, sargento.-

Las Flores, 25 de enero de 1909. Pareciendo al suscrito que la mujer Dolores Carreño se a disparao por su gusto con su sedutor Bonifacio Estrella y que entre eyos se quieren, resuelbo largarlos a los dos, ya que viviendo juntos no an echo mal a naides pues ay que tener en cuenta que aunque sea casado su mujer es enferma y no le sirve para nada. Pero para que mi consencia quede tranquila voy a mandarle el sumario al mismo Jefe de Policía del departamento para que lo rebise y diga si está bien o no lo echo por mi. Fdo: Marcos Andrade.-

Las Flores, 25 de enero de 1909. Señor Jefe de Policía Don Liberato Monje. Querido compadre: Con el cartero Gomez que va a Mercedes a comprarse ropa y hacerse retratar para antes de casarse le mando la denuncia que a levantao en esta comisaría doña Angélica Solores, viuda (no sabe de quien), contra Bonifacio Estrella, un buen muchacho que a sido marido de la denunciante y de sus dos hijas, la Micaela y la Dolores, para que rebises el sumario y me digas si está bien o mal lo que el suscrito a resollido por su cuenta. Como me parece que al tal Estrella le gusta mas la Dolores que es la mejor de las tres, yo los e dejao en libertá a los dos porque me parece que a nosotros que alguna ves fuimos tambien potros no tenemos el derecho de estropiar la felicidad de naides. Vos arás lo que te paresca, porque para eso sos el jefe, pero mirá, pa mí que la vieja a echo la denuncia por despecho nomás, despue que el moso las cambió por sus hijas y por eso me paresce que si los dejamos en libertá, se an de volver a arreglar entre eyos otra ves. Es cierto que si a sido marido de todas, pero pensá tambien que si el ombre les daba de

comer, no es justo que las tres comieran de sus costiyas y de arriba nomas. Total que si lo metemos preso a él eyas se van a arreglar con el primer prójimo que se arrime a pararles la oya, y entonces, ante que anden cambiando de monta, me parese lo mejor dejar las cosas como están, así eyas siguen viviendo con Estrella no más y el cuidando la decencia de las casas. (que decís vos). Escribime. Tu compadre. Fdo: Marcos Andrade.-

Jefatura de Policía. Departamento de Mercedes. Enero 26 de 1909.

Y Visto: El sumario instruido por denuncia de Angélica Solores acusando a Bonifacio Estrella de abusar de eya y de sus hijas.

Y considerando: Que tanto la denunciante como sus dos hijas son tres mujeres en estado de merecer, las que deben ya saber lo que le conviene y puesto quean vivido muy a gusto con el acusado mientras él les daba de comer, y solo se quejan aora cuando el cansado de sostener la familia las abandona para quedarse con una sola, lo que me parece muy bien echo, puesto que segun se mire el abuso es mas de eyas que de él.

Resuelvo: Aprobar el procedimiento del comisario de Las Flores Don Marcos Andrade y disponer el archivo de estas atuaciones. A ruego del Señor Jefe de Policía Don Liberato Monje por no saber hacerlo, firmado: Emilio Demilio, Secretario y Comisario de órdenes.”

Apenas había terminado de copiar las actuaciones cuando atiné a sacarle una foto a la primera hoja, la que dejé a revelar cerca de la pensión, y salí disparado hacia Las Penurias, como yo había bautizado el lugar. No podía creerlo. Los hechos plasmados en las actuaciones habían ocurrido hacía más de cuarenta años. No entendía nada de nada.

Mi caballo casi revienta en el galope más intenso del que se tenga historia, según me pareció. Y llegué. El guadal era el mismo, los esqueletos del costado estaban ahí, con sus jirones de cuero flameando, pero... de las casas solo había unos pocos restos de paredes de adobe de unos escasos centímetros, techos caídos, desgranados, con grandes arbustos crecidos y secos. No se encontraba un ser viviente, ni perros, ni cabras, ni burros. Solo polvo volando entre las ruinas de lo que un día antes era ante mi vista un caserío pobre pero vivo.

Me llegué hasta donde Angélica Solores me había atendido en medio de sus tareas. Del horno solo estaban restos de un par de ladrillos quebrados, casi molidos, con yuyos altos brotados entre las imaginadas juntas de lo que fuera el piso, apenas marcado.

Descendí lentamente. No atiné a atar el caballo. Solo me dirigí hacia donde ayer no más se levantaban las paredes de la casa en que había estado y de las que ahora solo se adivinaban sus rastros. Ni las camas, ni la olla negra de hierro, nada, nada.... En el medio de ese vacío estaba el tocón. Sobre él una gran piedra chata y debajo de la piedra algo que se asomaba. La levanté, despacio. Allí, doblado con esmero, estaba mi poncho colorado, aquel que quedó colgado de un clavo en la entrada. Desde el monte se escuchaba el canto de las palomas torcazas, recordándome a mi infancia cuando mi madre solía decir que anunciaban la aparición de La Solapa, aquel fantasma que se llevaba a los niños que no dormían ni dejaban dormir la siesta obligatoria.

Siempre me reí de semejante historia, hasta ese momento. Juro que a cada cántico se me erizaban los pelos.

Corrí hacia mi caballo, que casi se espanta. Monté de un salto y salí despavorido hacia el primer rumbo que encontré.

Una eternidad después, cuando mi caballo decidió no correr más, me detuve junto a una laguna a tomar agua y respiro. Quise comer algo y abrí una alforja. Adentro, bien envuelto, estaba un trozo de pan casero, el mismo que había recibido de manos de Angélica Solores, duro como la piedra más dura. Lo tiré

espantado al suelo y volví a montar. Reencontré el camino a Las Flores y galopé sin detenerme. Pasé lo más lejos posible de la comisaría y me escabullí en la pensión o como sea se llame el tugurio donde conseguí una pieza.

Recordé entonces que el poncho colorado había quedado otra vez olvidado, sobre el tocón.

Que siga ahí, me dije. Lo que es yo no pienso volver.

Por eso, Señor Jefe de Redacción, le mando esta crónica y en ella reciba mi renuncia al trabajo de corresponsal viajero.

Va también la foto que saqué de la primera hoja, por si no me cree.

Suyo.

Aquiles Robles

Denuncia de Amélica Solares contra Boni-
facio Erbella, acusándolos de haber
abusado de ella y de sus dos hijas. -

El día de hoy, 15 de enero de 1909, se presenta
ante mí, Jefe de la Comisaría de Policía de
Las Flores, una mujer que dijo
venía a formular una denuncia y la que res-
pondiendo a las preguntas que le hizo con-
tó; llamarse Amélica Solares, viuda (no sa-
be de quien), de treinta y ocho
años de edad, que vive en una casa blan-
quita de verde que ayala otro lado de la es-
tación, en el camino que va para Matadero.
Después de eso le pasé la palabra a ella
y dijo: que la primera vez se casó con
Fabianito Carreño, de quien tuvo dos
hijas, la Feicada y la Dolores de 18 y 15
años de edad cada una de ellas; que era
muy felices pero un día él se fue a
trabajar a la sierra pero como estuvo
cuatro años sin volver por las cosas ni
dar señales de vida, ella creyéndolo mu-
to se volvió a casar por el Comisario Pe-
gón, de quien tuvo otros tres hijos más.